

SAN LUIS GONZAGA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Día 21 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

Fste glorioso Santo, príncipe de la casa de Mantua, tan ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del mundo como por la inocencia de su vida, fue hijo de Fernando, marqués de Castellón, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse ésta tan apurada en el parto de nuestro Santo que llegaron á desahuciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Virgen el fruto que tenía en sus entrañas, cuando le dio á luz con toda felicidad el día 9 de Marzo de 1568. Bautizáronle de socorro luego que nació, y pocos días después se le puso el nombre de Luis por su padrino y deudo muy cercano Guillermo, duque de Mantua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa marquesa de Castellón á que la primera obligación de una madre es dar á su hijo la mejor educación, luego que vio á Luis capaz de alguna, tomó de su cuenta el darle ella misma la más piadosa y la más cristiana. Desde luego se conoció que no necesitaba de muchas instrucciones la bella índole del niño, cuyo aire, cuyas inclinaciones, y cuya natural propensión á la virtud, desde entonces le merecieron el renombre de ángel.

El marqués, soldado de profesión y de genio, observando la viveza de su hijo, se persuadió que se inclinaba á las armas, y á los cinco años de edad le llevó

consigo á Casal. Mostraba Luis grande gusto en los ejercicios militares, y en esto lisonjeaba mucho el de su padre; pero al niño le hubo de costar cara aquella marcial inclinación; porque habiendo cargado él mismo una pieza de campaña que estaba en la muralla, y habiéndola dado fuego incautamente, faltó poco para que, al retroceder la cureña, no le hubiese hecho pedazos la violencia de las ruedas. Ni fue éste el único peligro que corrió. Con el trato de los soldados se le pegaron algunas palabras demasadamente libres; pero apenas fue reprendido por su ayo, cuando las miró con mayor horror; y, aunque las había dicho sin entender su significado, ésta fue la mayor culpa que cometió en toda la vida, llorándola amargamente en toda ella, y haciendo rigurosa penitencia.

Al paso que Luis crecía en edad, iba también creciendo en juicio y en virtud. Entregóse tan totalmente á Dios desde la edad de siete años, que asegura el cardenal Belarmino era ya su vida perfecta en aquella tierna edad. Tenía ya desde entonces sus devociones arregladas, en cuyo cumplimiento era tan exacto, que se observó no haber faltado ni una sola vez á ellas, aun en tiempo que por espacio de diez y ocho meses le debilitaron unas molestas quartanas. Enamorado el marqués del juicio y de las grandes prendas de su hijo, no omitió medio alguno de cuantos pudiesen conducir á cultivarlas y á darle una educación digna de su nacimiento. Llevóle á la corte del gran duque de Toscana, estrecho amigo suyo; y aunque el aire de la corte suele ser tan contagioso, singularmente para la juventud, nada alteró la inocencia de nuestro Luis. Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfección reduciéndose todas sus diversiones á la oración y al estudio. Desde entonces hizo propósito de no jugar en su vida á juego alguno, y jamás le quebrantó. Creció tanto su fervorosa devoción á la Santísima Virgen, que á los

nueve años hizo voto de perpetua castidad. En la observancia de esta virtud era excesiva su delicadeza. Nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara, y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamás á la cara á mujer alguna.

Desde la corte de Florencia pasó á la del duque de Mantua, su cercano pariente; y, en vez de deslumbrarle aquel nuevo teatro del esplendor y de la grandeza de su casa, allí fue donde resolvió dejar al mundo. Sirvióle de pretexto la falta de salud para salir de la corte y restituirse á casa de sus padres. Pasando por ella San Carlos Borromeo, descubrió y admiró los tesoros de gracia y de perfección que encerraba el alma de aquel santo niño; exhortóle á que cuanto antes comulgase por la primera vez; encargóle que después lo repitiese con frecuencia, y le dio otros muchos consejos espirituales que el joven príncipe tuvo gran cuidado de poner en práctica. No es fácil explicar la tierna devoción y los fervorosos afectos con que aquella inocente alma recibió por primera vez á Jesucristo; inflamado el semblante, y bañados sus ojos en dulces lágrimas, daban testimonio del divino fuego que abrasaba aquel tierno corazón. Por toda su vida fue la devoción al Santísimo Sacramento la más sobresaliente de todas sus devociones, pasando horas enteras en su presencia al pie de los altares. Aplicábase ya entonces al estudio de las letras; pero éste no debilitaba ni distraía el espíritu interior, que tenía cuidado de fomentar con el rigor de la penitencia. No parece podía subir más de punto el santo odio que se tenía á sí mismo, ni que podía juntarse mayor inocencia con mayor austeridad. Ayunaba tres días á la semana, y muchos á pan y agua. Sus penitencias pudieran acobardar á los religiosos más austeros. Muchas veces se notaba salpicado de su inocente sangre hasta el techo de su cuarto; no pocas era su cama la desnuda tierra; por no tener cilicios se aplicaba á sus delicadas carnes un cinto

cuajado de estrellitas de espuelas; nunca se arrimaba al fuego, ni aun en el mayor rigor del invierno, y algunas noches se levantaba medio desnudo, pasando así muchas horas en oración.

Enviáronle á la corte de Felipe II, donde desde luego se hizo admirar su anticipada madurez y su elevada santidad tanto como en todas partes. Parece que el Señor como que se complacía en irle mostrando á varias cortes de Europa, para convencer con su ejemplo que la virtud no está reñida con alguna condición, y que la inocencia puede y debe acompañarse con todas las edades. Hallándose en España, tomó la resolución de abrazar el estado religioso. Los grandes ejemplos de virtud, de observancia, de desprendimiento del mundo que había notado en los PP. Capuchinos y en los Barnabitas, durante su residencia en Casal, y aquel espíritu de penitencia y de recogimiento interior que admiraba en los Carmelitas Descalzos, le inclinaron algo al principio á entrar en alguna de estas sagradas religiones; pero al fin se resolvió á entrar en la Compañía de Jesús, por cuatro ó cinco razones que él mismo declaró. Primera: Porque, siendo más reciente su instituto, por precisión se había de conservar en su primitivo fervor. Segunda: Por el voto que en él se hace de no admitir dignidades eclesiásticas. Tercera: Porque en él se enseña á la juventud virtud y letras. **Cuarta: Porque los jesuitas se dedican, por su instituto, á la conversión de los herejes y de los gentiles en todas las partes del mundo.** A estas cuatro razones añadía otra, y era la particular devoción que había observado se profesaba á la Santísima Virgen en la Compañía; lo que confesaba no haber contribuido poco á determinar esta elección. Juntóse á todo esto, que un día de la Asunción de esta gloriosa Reina á los Cielos, después de haber comulgado, le pareció haber percibido clara y distintamente una voz, articulada por el hermoso

simulacro de la Soberana Reina que con el título *del Buen Consejo* se venera en el colegio imperial de Madrid, que le intimaba entrase en la Compañía. Pero la gran dificultad era conseguir la licencia y el consentimiento de sus padres.

No hubo acaso vocación más examinada, ni mejor probada. Pusiéronse en ejecución, para desviar á Luis de su piadosa resolución, cuantos medios pudo sugerir la reflexión á su elevado nacimiento, la circunstancia de primogénito, la ternura de sus padres y las lágrimas de sus vasallos. Lleváronle de propósito por las cortes de los príncipes de Italia; dispúsose que le hablasen personas constituidas en dignidad para disuadirle de que se hiciese religioso; pero todo fue en vano, hasta que el mismo marqués, su padre, después de una repulsa demasíadamente seca y desabrida que le dio, encontrándole un día postrado á los pies de un Crucifijo, con unas crueles disciplinas en la mano, bañado en lágrimas y sangre, para conseguir de Dios lo que los hombres se obstinaban en negarle, atónito y enternecido, no menos que temeroso de resistir más tiempo á una vocación tan descubierta, se rindió en fin á los santos deseos de su hijo, aunque quiso que, antes de ponerlos en ejecución, pasase á Milán á terminar algunos negocios de familia. Mostró en el manejo de ellos su gran capacidad, y faltó poco para que esto mismo le perjudicase, sirviendo de nuevo embarazo á sus intentos; porque, prendado el marqués de la destreza con que había dado dichoso fin á unas dependencias tan graves como espinosas, no se pudo resolver á dejarle partir, y así le dijo á su vuelta de Milán: *Mucho te engañaste si creíste que yo consentiría en tu determinación; pensarás en eso cuando tengas veinticinco años, y en este supuesto puedes tomar tus medidas.* Sobrecogido Luis al oír una resolución tan inesperada, se arrojó á los pies del marqués, y con aquella ingenuidad que siempre le

ganaba los corazones de todos, le dijo: *No permita Dios, amado padre y señor, que yo me aparte jamás de vuestra voluntad; en todo y por todo seréis siempre obedecido. Sólo os suplico tengáis á bien os represente que Jesucristo me llama á su compañía; si vos no me permitís entrar en ella, ciertamente os oponéis á la voluntad de Dios.* Hicieron impresión estas palabras en el corazón del marqués; echóle los brazos al cuello, bañóle con sus lágrimas, y teniéndole abrazado por un rato, sin poder articular palabra, al cabo rompió en estas voces: *Hasme abierto, hijo mío, una herida en mi corazón, que manará sangre por mucho tiempo; yo te amo y tú lo mereces; tenía fundadas en ti todas las esperanzas de la familia; pero, pues estás tan cierto de que Dios te llama á su compañía, ya no te detengo: ve, hijo mío, donde te llama el Señor.* Acabando de decir estas palabras, se retiró el marqués, deshaciéndose en amargo llanto. Tampoco dejó de enternecerse un poco nuestro Luis; pero inundado, por otra parte, de gozo, se postró delante de un Crucifijo, y renovó su sacrificio. Partió luego á Mantua, donde hizo la renuncia del marquesado en favor de su hermano Rodulfo, con licencia del Emperador, y, despedido de sus padres y parientes, se encaminó á Loreto. En aquella santa capilla corrió, por decirlo así, libremente su devoción y su ternura á la Santísima Virgen, desahogándose el corazón en inflamados afectos y en lágrimas de amor. Allí renovó el voto de castidad, después de haber comulgado; y consagrándose de nuevo á la Madre de Dios, partió para Roma donde recibida la bendición del Sumo Pontífice, y habiendo visitado á los cardenales parientes suyos, entró en el noviciado el año de 1585, no habiendo aún cumplido los diez y ocho de su edad, y habiendo arribado ya á una elevada perfección.

Los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en aquella escuela de virtud asombraron á los más perfectos. Desde luego se impuso una inviolable ley de

observar con la última exactitud y puntualidad hasta las más menudas reglas. No era difícil, ni apenas posible, que subiese más de punto la observancia. Nada tuvieron que hacer los superiores, sino moderar su fervor, y poner límites á los deseos de hacer grandes penitencias. La mayor falta que cometió en los dos años de noviciado fue haber levantado los ojos y mirado á su hermano, que estaba comiendo junto á él en la misma mesa. Ninguno olvidó más perfectamente que él á su pueblo y á la casa de sus padres. Vino un vasallo suyo á empeñarle en cierto negocio, y le respondió que, como había dos años que estaba muerto al mundo, ya no tenía en él ni crédito ni poder. El santo odio y desprecio de sí mismo no podía ser mayor. Cualquiera señal de distinción que se hiciese con él, era para Luis una verdadera pesadumbre. Jamás se excusó ni se disculpó, aunque tuviese mil razones, para hacerlo; y llegó á tener escrúpulo de que sentía demasiada complacencia en ser reprendido. Era exquisito el gusto que experimentaba en los ejercicios más humildes y más repugnantes; tanto, que juzgó se debía acusar de lo mucho que había contentado á su amor propio, yendo por las calles de Roma con un vestido vil y pidiendo limosna.

Del mismo principio nacía aquel perfecto desasimiento de todas las cosas, y aquel espíritu de pobreza que le hizo verdadero discípulo de Jesucristo. Un libro encuadernado con alguna curiosidad, un rosario menos común, y dos sillas en su aposento, eran alhajas que lastimaban su delicadeza; ni jamás fue posible hacerle admitir un mueble de bien poca consideración que le envió su madre, la marquesa, juzgando que tenía mucha necesidad de él; y costó gran trabajo reducirle á que recibiese dos estampas de papel, una de Santo Tomás de Aquino, y otra de Santa Catalina, por la particular devoción que profesaba á estos Santos. Notábase siempre en él una igualdad y una tranquilidad

inalterable; la que singularmente se reconoció en la muerte de su padre, que sucedió poco tiempo después que entró en la Compañía. Sabíase el tierno amor que le profesaba, y con todo eso apenas mostró otro sentimiento que levantar los ojos al Cielo y dar gracias á Nuestro Señor de que en adelante podría decir sin estorbo y á boca llena: *Padre nuestro, que estás en los Cielos.*

Como tenía tan puro el corazón, continuamente estaba en la presencia de Dios, sin perderle jamás de vista. Dando cuenta de su conciencia, dijo con ingenuidad que en el espacio de seis meses sólo se había distraído, á su parecer, como por el tiempo de un *Avemaria*. Temiendo el superior que los grandes dolores de cabeza que padeció toda la vida fuesen efecto de su intensa aplicación á la oración, le suspendió este ejercicio por algún tiempo; pero fue peor el remedio que la enfermedad. *No sé qué hacer,* decía el Santo con gracia; *mandadme que no piense en Dios, por que no me haga daño á la cabeza, y me lo hace mucho mayor el trabajo que me cuesta el no pensar.* Casi desde la cuna tuvo un don de oración muy elevado, siendo Dios su principal y aun su único Maestro. Cuando el célebre cardenal Belarmino daba el ejercicio á los hermanos estudiantes del colegio, en tocando ciertos preceptos ó reglas de meditación, solía decir: *Ésto lo aprendí de nuestro Luis.*

Tenía tan mortificados todos sus sentidos, que parecía haber casi perdido el uso de ellos. Frecuentaba muchas veces alguna pieza ó algún sitio, y no podía dar señas de él; sólo hacía reflexión á lo que comía, para escoger lo que era más ingrato al paladar; de manera, que la mortificación era siempre la salsa de su comida. Era tan detenido en el hablar, que tocaba la raya de escrúpulo su circunspección; mas no por eso dejaba de ser muy divertida su conversación, ni le faltaba una sal muy delicada para sazonarla. Juzgando los superiores

que diría bien á su salud el aire de Nápoles, le enviaron allá para acabar los estudios, cuya aplicación en nada entibió su fervor. Como era de un ingenio pronto, delicado y perspicaz, sobresalió mucho en ellos; y obligado á defender conclusiones públicas al fin de sus estudios, le persuadía su humildad á que de propósito se mostrase ignorante, y hubo menester toda su docilidad y rendimiento para sujetarse en esto á su director y á su maestro. Mereció en aquella función los aplausos de todo el Colegio Romano, y no tuvo poco que padecer su modestia.

Pocos meses después que volvió á Roma, se suscitó cierta diferencia entre su hermano Rodolfo y el duque de Mantua sobre la sucesión al señorío de Solferino, con cuya ocasión se vio precisado el Padre general á enviarle á Castellón. Recibíanle en todas partes como á un ángel venido del Cielo, y la marquesa su madre, luego que le vio, se sintió movida de cierta especie de veneración, que sin libertad la hizo poner las rodillas en tierra; tanto fue el respeto y tan grande el concepto que formó de la santidad de su hijo. Siempre que salía de palacio se encontraba con una multitud de gente, formada en dos alas, que le llenaba de bendiciones y se deshacía en tiernas lágrimas; y cuando se retiraban todos á su casa, decían: *Ya hemos visto al Santo*. No obstante lo irritado que estaba el duque de Mantua con el marqués de Castellón, y en medio de hallarse los ánimos sobradamente encendidos, apenas los habló este ángel de paz cuando se compusieron las diferencias; restituyesele al marqués el señorío de Solferino, y quedó más sólida y estrechamente arraigada que nunca la amistad entre los dos príncipes. Nunca se vio reconciliación más sincera, y desde luego se calificó por uno de los primeros milagros de San Luis.

Ni fue éste el único que obró durante su estancia en

Mantua y en Castellón. Fueron pocos los señores de las dos cortes que no se moviesen y no se reformasen con la conversación del joven jesuíta. Obligóle el rector del colegio de Mantua á que hiciese una plática doméstica á la comunidad; y él la hizo sobre la caridad, con tanto fervor y con tanta emoción, que todos quedaron muy edificados. Antes de salir de Castellón pidió la marquesa á los superiores que obligasen á Luis á que predicase á sus vasallos; hízolo, con un prodigioso concurso y con fruto tan copioso, que al acabarse el sermón se confesaron más de setecientas personas, y se consideraron como otros tantos milagros las muchas conversiones que se siguieron.

No teniendo ya que hacer en Castellón, recibió orden de pasar á Milán para continuar sus estudios; pero, luego que llegó, se halló con otra del General en que se le mandaba restituirse á Roma. Obedecióle con el mayor gusto, y más habiéndosele dado á entender en la oración, con no sé qué cierta seguridad, que se acercaba el fin de su vida. Aunque toda ella había sido una continua preparación para la muerte, en este último año redobló su fervor. Hízose tan tierno y tan encendido su amor á Dios, que, sólo con oírle nombrar, sensiblemente se le alteraba é inflamaba el semblante. Cualquiera rasgo, cualquiera expresión afectuosa que oyese en la lectura del refectorio, bastaba para obligarle á interrumpir la comida, haciendo tal impresión en su pecho, que no la podía contener sin que se explicase en dulces lágrimas por los ojos. Con sólo ver una estrella ó una flor crecían sus incendios. Teníase gran cuidado en las conversaciones de evitar ciertas voces algo más afectuosas y expresivas, por excusarle una alteración que podía perjudicar gravemente á su salud. Los mismos efectos producía su tierna devoción á la Santísima Virgen; y siempre que comulgaba se quedaba como extáticamente arrebatado.

Afligida por este tiempo toda la Italia con una enfermedad popular, se refugiaron á Roma todos los pobres de las cercanías, y fue aquella ciudad doloroso teatro de la misma triste miseria. Distinguióse mucho en aquella ocasión la caridad de los Padres de la Compañía; porque, además de su asistencia á todos los hospitales de la ciudad, erigió ella uno á su costa, en el cual el mismo Padre general servía á los enfermos. Imitaron este ejemplo todos los jesuitas del Colegio Romano y de la casa profesa; pero se hizo distinguir entre todos el fervor de nuestro Luis. No fue posible moderar su caridad y su celo; pero aunque se le procuró contener y libertar, destinándole á un hospital donde sólo se recogían los enfermos que estaban fuera de peligro, quiso la Divina Providencia que la caridad consumiese aquella preciosa víctima. Habíase llevado el contagio á muchos jesuitas, y no perdonó á nuestro Santo. Apenas se sintió tocado, cuando no pudo disimular su alegría; tanto, que hizo escrúpulo de ella y consultó al Padre San Roberto Belarmino si habría alguna culpa en regocijarse tanto con la muerte, ó si en esto se podría esconder algún artificio del amor propio. Como desde luego se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administrasen los sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y con tanta devoción, que sacó las lágrimas á todos los circunstantes. Acordóse entonces de que varias veces le habían dicho que á la hora de la muerte había de tener escrúpulo de sus excesivas penitencias, y suplicó al Padre rector asegurase á todos que este punto no le daba el más mínimo cuidado, y que sólo sentía no haber podido conseguir licencia de los superiores para hacer muchas más. Declinó después su enfermedad en una calentura ética, que parece sólo le dilató algo más de vida para que nos dejase más ejemplos de virtud, y para que con los nuevos trabajos acaudalase mayores merecimientos. Oyendo decir que las enfermedades epidémicas que reinaban iban degenerando en peste, pidió licencia al

Padre general para hacer voto de asistir á los apestados, si Dios le diese salud; y, obtenido el permiso, hizo el voto con nuevo fervor.

Los cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salían siempre con el corazón penetrado de dolor, y sensiblemente movidos con la devota impresión que hacían en todas sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentía su alma de verse morir jesuita, todas las veces que le visitaba el cardenal Gonzaga le repetía las gracias por los buenos oficios que le había hecho para allanar las dificultades que se oponían á su vocación. Tenía siempre en la mano un crucifijo, y una imagen de la Santísima Virgen delante de los ojos. Habiendo recibido un expreso de la marquesa, su madre, la escribió despidiéndose de ella en términos tan tiernos y tan fervorosos, que se deshacían en lágrimas cuantos leyeron la carta. Dijéronle después que los médicos sólo le daban ocho días de vida, y fue tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te Deum* en acción de gracias al Señor por una noticia tan alegre. Vínole á visitar un Padre, y luego que le vio exclamó como transportado: *Marchamos, Padre mío, y marchamos con alegría*. Tres días antes de morir se puso sobre el pecho un crucifijo, y con semblante risueño repetía sin cesar aquellas palabras del Apóstol: *Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo*. Aunque no se reconocía novedad alguna en su enfermedad, dijo positivamente, con su acostumbrada y natural alegría, que aquella noche moriría. Recibió la bendición apostólica *in artículo mortis*, que le envió Su Santidad, y quiso también que le volviesen á administrar los sacramentos, después de los cuales pidió le leyesen la recomendación del alma con las últimas oraciones de la Iglesia, cuya postrera función enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se

querían recomendar en las del mismo moribundo. En fin, el jueves por la noche, 21 de Junio de 1591, en que aquel año cayó la octava del Corpus, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos del Criador, á los veintitrés años, tres meses y once días de su edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.

Cuando se divulgó por Roma que había muerto San Luis Gonzaga, excitó esta noticia en los ánimos de todas aquellas impresiones de admiración, de devoción y de respeto que de ordinario suele causar la muerte de los justos. Resonaba en todas partes de la ciudad esta voz general: *Murió el Santo*. Concurrían todos á besarle los pies y las manos, solicitando alguna reliquia suya. Fue tan grande el concurso á su entierro, y tanto el tropel de los que se abalanzaban á besarle los pies ó á tocar por lo menos el féretro, que fue preciso interrumpir muchas veces el Oficio. En fin, enterróse el santo cuerpo en la iglesia del Colegio Romano, dedicada á la Anunciación, y desde luego comenzó Dios á manifestar la santidad de su siervo por los muchos milagros que obró por su intercesión, haciendo célebre y gloriosa su sepultura. Siete años después, con aprobación del Sumo Pontífice, fue su santo cuerpo sacado de la tierra; y, colocado en una caja de plomo, se metió en el grueso de la pared de la misma capilla de la Virgen. Treinta años después, el de 1621, le beatificó el papa Gregorio XV, permitiendo á los religiosos de la Compañía que rezasen de él el día 21 de Junio, que fue el de su muerte. El de 1691 fueron trasladadas con gran solemnidad sus preciosas reliquias á la magnífica capilla, de la misma iglesia, que el marqués de Escipion Lanceloto hizo fabricar en honor del Santo, y es reputada por una de las más ricas y más brillantes de Roma. Finalmente, el último día del año de 1727, el papa Benedicto XIII le canonizó poniéndole en el catálogo de los santos.

El autor de la *Vida* de Santa Magdalena de Pazzis asegura que el día 4 de Abril del año 1600, estando la Santa en uno de sus acostumbrados éxtasis, comenzó á exclamar de repente, con uno como especie de entusiasmo: «¡Oh qué gloria es la de Luis, hijo de Ignacio! Nunca la hubiera creído, si no me la hubiera mostrado el Señor. Digo que Luis es un gran Santo. Tenemos muchos Santos en la Iglesia que no creo estén tan elevados. Quisiera poder ir por todo el mundo para decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo; y quisiera poder mostrar la gloria de que goza, que fuese glorificado el mismo Dios fue elevado á grado tan sublime, porque trajo una vida interior. ¿Quién pudiera explicar el valor y el precio de la vida interior? No hay comparación de la vida interior á la exterior. Mientras Luis vivió acá abajo, siempre tuvo fijos los ojos en el divino Verbo. Luis fue mártir oculto; porque el que os conoce, Dios mío, os conoce tan grande y tan amable, que es un verdadero martirio ver que no os ama tanto como desea amaros, y que, lejos de ser amado de las criaturas, seáis ofendido. Fue también mártir, porque él mismo se atormentó mucho. ¡ Oh cuánto amó Luis en el mundo! Por eso goza ahora de Dios en el Cielo con una plenitud de amor. Cuando estaba en esta vida mortal, continuamente lanzaba flechas de amor al corazón del Verbo; ahora que está en el Cielo, vuelven estas flechas hacia el mismo corazón, y se mantienen clavadas en él, porque los actos de amor y caridad que hacía entonces le causan una extremada alegría». Dichas estas palabras enmudeció la Santa por un rato, teniendo fijos los ojos en el Cielo, y después exclamó: «Yo quiero aplicarme á ayudar a las almas, para que, si alguna de las que ayudare fuere al Cielo, ruegue á Dios por mí, como lo hace Luis por todos aquellos que le hicieron este beneficio».

La Misa es en honra de San Luis Gonzaga, y la oración la siguiente:

i Oh Dios, repartidor de los dones celestiales, que juntaste en el angelical joven Luis una grande inocencia de alma con una maravillosa mortificación de su cuerpo! Concédenos, por su intercesión y por sus merecimientos, que imitemos en la penitencia por nuestras culpas al que no hemos imitado en la inocencia de la vida. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 31 de la Sabiduría, y la misma que el dia 12.

REFLEXIONES

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro ni esperó en los tesoros del dinero. Hasta la felicidad de esta vida es herencia únicamente de los pobres evangélicos, porque de los ricos que ponen su confianza en sus tesoros nunca se apartan los cuidados, los desasosiegos, los temores, los sustos, las inquietudes y las zozobras. ¡Qué mayor prueba que la avaricia! Ella hace vivir y morir, como si se padeciera la mayor necesidad. El avariento parece pobre, y efectivamente lo es; porque, ó ya le hurte sus bienes un ladrón, ó ya le prive el uso de ellos su insaciable pasión, aunque los principios de la pobreza sean diferentes, los efectos siempre son los mismos. Al avariento no le aprovechan más sus tesoros que al pobre su indigencia. Se puede decir que el avariento tiene el dominio de sus bienes sin gozar el usufructo. ¡Qué digno de compasión es el que está tiranizado de tan vergonzosa pasión! Parece que hay en eso cierta especie de fascinación ó de encanto. ¡Tan irracional y tan servil es el ciego amor que el avariento profesa á su tesoro, y el furioso apego de su corazón á él! Es menester que la muerte arranque el alma del cuerpo para que su corazón se desprenda del dinero. ¡Qué vicio tan vergonzoso para un hombre que tenga no más que un poco de honor, cuanto más para un cristiano que por su

misma religión está obligado á no tener más apego á los bienes de la tierra que si no los poseyese! Pero si, á lo menos, abriese los ojos un avariento y se hiciese más racional, considerando el ridículo papel que representa en el mundo, no sería sin remedio su enfermedad; pero enfermos de esta especie, pocas esperanzas dan de sanar. No hay pasión menos dócil; como se cría en la oscuridad, envilece el corazón y abate el espíritu; acostumbrada á ser objeto del desprecio, se la da poco de las risibles escenas que representa.

El Evangelio es del cap. 22 de San Mateo.

En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo á los saduceos: Erráis no entendiendo las Escrituras ni el poder de Dios. Porque, en la resurrección, ni los hombres ni las mujeres se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el Cielo. Y en orden a la resurrección de los muertos, no habéis leído lo que Dios afirmó, diciéndoos: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de los muertos, sino de los que viven. Oyendo esto las turbas, admiraban su doctrina. Pero los fariseos, sabiendo cómo había hecho callar á los saduceos, se juntaron; y uno de ellos, doctor en la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento en la ley? Respondióle Jesús: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el mandamiento máximo y el primero. El segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.

MEDITACIÓN

De la inocencia.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa más

preciosa que la inocencia; en ningún tiempo la hay más delicada, en ninguno más frágil, y se puede añadir que tampoco la hay más rara en nuestros días. Nada hay que se deba conservar con mayor cuidado y vigilancia, y nada á que se apliquen menos precauciones para conservarse. Tenemos este tesoro en vasos de tierra; es una luz que un leve soplo la apaga; sin ella nos quedamos en tinieblas. La inocencia es la que da lustre y valor á todos los demás talentos. La hermosura y el mérito de la inocencia se ha de conocer por los tristes efectos y por la fealdad del pecado. ¿Qué es el nacimiento ilustre? ¿Qué son las riquezas? Todas las conveniencias del mundo, todas las prendas imaginables del alma y cuerpo, nada son sin aquel bello realce. Los grandes nombres, los títulos pomposos, las altas dignidades, los empleos elevados, las clases distinguidas; considera todo esto en un ataúd ó en un nombre que ya murió. *Más vale un perro vivo que un león muerto*, dice el Eclesiástico. El alma inocente y pura, no comoquiera es grata á los ojos de Dios, sino que la quiere, la ama, la admite á que tenga parte en sus gracias y favores; y como la ennoblece la gracia santificante, el precio de la sangre y de los méritos de Jesucristo es verdaderamente estimable, enriqueciéndola aquel mismo fondo que colma de bienes y de alegrías á los bienaventurados en la Gloria.

PUNTO SEGUNDO.—Considera lo poco que se estima este precioso tesoro, cuando se le arriesga tan sin temor, y se pierde tan sin dolor. ¿Considérase hoy la inocencia como una gala de mucho valor? ¿Consérvase con mucho cuidado esta piedra preciosa? Y si alguna vez se pierde, ¿se hacen prontas y exquisitas diligencias para recobrarla? ¡ Ah, todos convienen, todos asientan que ninguna cosa corre más peligro en el mundo que la inocencia. ¿Pero qué se hace para conservarla? O por mejor decir, ¿qué no se hace para perderla? No se ignora que el mundo está lleno de enemigos de la inocencia;

que en él todo es escollos, todo lazos; y, en medio de eso, á todo se expone el alma sin defensa ni precauciones. Sábese que no hay cosa más delicada; confiésase que el aire del mundo es contagioso; pero ¿qué preservativos se aplican contra el contagio? Expónense todos á las concurrencias mundanas: córrase á los espectáculos; pero ¿se vuelve á casa con la inocencia que se sacó de ella? A vista de objetos á cual más tentadores; en medio de tantos peligros, entre golpes de viento tan furiosos, ninguna caída! iningún tropiezo! iningún naufragio! ¡Ah, Señor, qué ceguedad, qué desdicha! ¡Y luego nos admiraremos de que sea tan rara la inocencia, de que sea tan universal la corrupción de las costumbres, de que el número de los escogidos sea tan corto!

¡Dios mío, qué digno de compasión es el que no conoce su infelicidad ! Pero ¡ cuánto más infeliz será el que está mirando con ojos serenos su misma perdición! Esta ha sido hasta aquí mi suerte, divino Salvador mío; dignaos de olvidar mis maldades, perdonadme mis pecados; restituidme por vuestra misericordia la preciosa estola de la inocencia, y no permitáis que jamás la vuelva á perder.

JACULATORIAS

Borrad, Señor, mis pecados, restituidme la inocencia, y purificadme cada día más y más.—*Ps. 50.*

Criad, Señor, en mí un nuevo corazón limpio y puro, y renovad aquel espíritu recto con que caminaba á Vos en otro tiempo.—*Ibid.*

PROPÓSITOS

1. No hay cosa más preciosa que la inocencia, pero tampoco la hay más frágil ni más delicada. Es un tesoro

en vasos de tierra, como dice el Apóstol; una flor que el aire marchita, un espejo que le empaña un vapor. Nunca fue el mundo abrigo de la inocencia; es su aire contagioso. Presto desaparece una piedra preciosa que no está bien guardada. Luego se marchita una flor que no se defiende del aire; dura poco un espejo que anda en manos de todos. Guarda bien este tesoro; ten gran cuidado de que no te le hurten; consérvale con diligencia; tenle bien encerrado. Es decir, vela continuamente, está siempre alerta contra las sorpresas de los sentidos. La inocencia sólo se conserva huyendo de las ocasiones, con la oración y con la vigilancia. Desengañémonos; es presunción, es locura querer conservar la inocencia en medio del contagio y de los peligros.

2. De cualquiera condición y de cualquiera edad que seas, te es indispensablemente necesaria la mortificación si has de conservar la inocencia. Sin esta sal, se puede decir que se corrompe el corazón. Todos los santos practicaron el ayuno, y es indispensable á todos los fieles. La primera y la más necesaria mortificación de todas son los ayunos que prescribe la Iglesia; nunca te dispenses en ellos sino con clara necesidad. El ayunar los sábados en honor de la Santísima Virgen es una devoción muy saludable, y ninguna penitencia considerable hagas sin su consejo. No dejes pasar día alguno sin alguna mortificación corporal.